

# El monasterio de SANTA ANA

por RAMIRO LARRAÑAGA

CUANDO de las poblaciones se desganjan sus edificios más vetustos e históricos, no sólo se pierden las piedras que los componen sino que los pueblos se ven despojados de sus peculiaridades para quedarse desprovistos de sus fundamentos más esenciales.

Uno de estos edificios ha sido condenado a desaparecer en la villa de Placencia de las Armas: el monasterio de Santa Ana. Durante más de cuatro siglos ha sido residencia de la Comunidad de Madres Canónicas Regulares Lateranenses de San Agustín —es el nombre completo— más conocidas por MM. Agustinas o, simplemente, por monjas de Santa Ana.

Con esta pérdida y otras recientes, como la Casa Real o Errege-etxe y la fábrica de armas «Euskalduna», ¿queda ya algo de especial interés en Soraluze si se exceptúan la Iglesia parroquial y su artístico atrio, joya de arte popular vasco?

Hagámosle al convento-monasterio un breve repaso histórico de despedida, en razón a lo que ha sido para tantas generaciones que se han visto influenciadas con su existencia.

## EL ORIGEN

A principios del siglo XVI, el linaje de los Irure, ilustre familia placentina de escribanos, médicos reales y fabricantes arcabuceros, gozaba de un prestigio mercedamente ganado. Uno de ellos, Juan Ibáñez de Irure, fue quien hacia el año 1515 creó un Beaterio que, después, por sucesivas ampliaciones, dio lugar a la instauración del monasterio bajo la advocación de Santa Ana y que la calle, que fue ampliándose con nuevas construcciones hacia el centro, adoptase el mismo nombre.

De aquel pequeño recinto, similar al de otras ermitas que hubo junto al río —como la dedicada a Santa María Magdalena, de la que aún subsiste como reminiscencia el nombre de «Maala» para designar el lugar de su emplazamiento, o la del Salvador, también llamada de la Santa Cruz, ambas arrancadas de cuajo por imponentes riadas— surgió el monasterio de Santa Ana.

Un fugaz repaso a los interesantes y casi carcomidos legajos de pergamino que guardan las religiosas, descubre ininidad de datos vinculados a los avatares de la historia local y de sus principales fami-



Monasterio de Santa Ana. Uno de los edificios condenado a desaparecer, en la villa de Placencia de Las Armas.

lias. Desfilan en ellos los nombres de algunas jóvenes que ingresaban en religión, cuyos apellidos, Unamuno, Armendia, Aldasoro, Churruga, etc., pregonan su oriunde.

## SU LARGA TRAYECTORIA

Quizá fueran las aportaciones que, como dote, entregaban esas religiosas procedentes generalmente de familias de abolengo, el motivo de que la comunidad fuera propietaria de algunos caseríos. Concretamente, a mediados del siglo XVIII, los caseríos Muneta, Iribe, Osuna, Korta y Azaoleaga (actualmente Asalia, por deformación fonética) les pertenecían. Y eso a pesar de la rigurosa vida que llevaban las monjas en su práctica de contumaz clausura.

El famoso jesuita P. Manuel de Larramendi, ofrece un testimonio interesante a este respecto, al referirse a la reforma de las Constituciones que deseaban las religiosas previa autorización del prelado de Calahorra, Obispado al que pertenecía entonces la cuenca media del Deva (Eibar, Elgoibar, Placencia). dice así:

De vuelta de Valladolid, donde estuve a la Congregación, pasé por Plasencia y quise ver a una lega que entró a mis expensas en aquellas Agustinas. Al oír mi nombre bajó toda la comunidad y ahorrando pláticas inútiles, empecé al disimulo a preguntar de su modo de vida. Luego cayeron en la cuenta de mi intención y me dijeron, cuán edificadas estaban de la reforma introducida en las de Mendaro. Dije que no por eso se había abreviado la mano de Dios, que puede fácilmente hacer religiosas de aquellas rejas y piedras; pero que acaso no había en aquel convento la misma necesidad que en otros.

«¿Cómo no necesidad?», me dice la priora, «Oiga V.R. y verá si la hay». Dícenme todo lo que hacen desde que se levantan hasta que se acuestan, y fue tal la relación que, a no ser yo tan duro, me sacara lágrimas de sangre (1).

La precedente noticia es tan sólo uno de los aspectos que pueden contribuir a atender la vida austera y pobre ejercida por esta comunidad en su largo recorrido. Pero lo que aquí nos ocupa es más lo externo que los métodos que regulaban la comunidad, así que prosigamos citando otros factores ajenos a su vida contemplativa.

El contorno del monasterio y sus pertenecidos anejos, en esa época dieciochesca aludida, puede verse en el grabado de Florencio Joseph de Lamot, junto a otras interesantes referencias gráficas de los principales edificios que a la sazón había en Placencia de las Armas (2). La compra de los terrenos o huertas contiguas se verificó el año 1692, pero el arco, el famoso arco motivo de canciones populares, se construyó el año 1738. En conjunto, el edificio y sus huertas tienen una superficie de casi cinco mil metros cuadrados.

El retablo de Santa Ana es, relativamente, bastante más reciente. Data del año 1791, poco antes de la entrada de los soldados franceses de la Convención en la comarca armera, que con sus desmanes originaron también la huida de la comunidad, que tuvo que refugiarse en Miranda de Ebro.

La dantesca riada del año 1834 fue otra de las grandes calamidades que afectó de lleno al monasterio. Pocos enseres pudieron salvarse y la más completa ruina asoló al convento, hasta el punto de que las religiosas tuvieron que cobijarse en el de Mendaro durante tres años consecutivos, hasta que se realizaran las reparaciones necesarias para el retorno.

Todo esto se verificó en circunstancias bastante adversas, porque a la sazón transcurría otra de las grandes calamidades: la última guerra civil entre carlistas y liberales. Fue entonces cuando se construyó la rotonda, la pared en semicírculo que protege al edificio por la parte Sur, en previsión de que, al dividirse las aguas en una posible crecida



del nivel del río no golpeasen la pared frontalmente los troncos que suelen arrastrar en estos casos las revueltas aguas fluviales.

A pesar del tilde de inhibición que se ha solido atribuir a las monjas de clausura sobre cuantos asuntos se desarrollan fuera de los muros del respectivo convento, no ha sido así; su separación es y ha sido relativa. En esta comunidad que nos ocupa, no sólo ha sido el rezo su única ocupación. Han trabajado la tierra y han procurado vivir de sus labores artesanas de bordado y ornamentación, algunas de verdadero mérito.

Tampoco se sintieron al margen de situaciones conflictivas cuando era preciso ejercer la caridad con una dedicación total a los afectados; lo prueba esta co-

calde de esa villa las que tuviera preparadas, por cuyo favor da gracias anticipadas. Dios guarde a V.M.—Villafranca, 20 de Septiembre de 1875.—Por la Comisión. El vice-presidente, José Ant. Jaurregui.—R.M. de las Agustinas.—Placencia. Un sello en tinta que lleva en el centro el escudo de Guipúzcoa dice: Comisión Provincial de Hospitales y Salubridad Pública de Guipúzcoa

Entre estos breves relatos, que son como salpicaduras noticiables sobre el papel, no puede faltar la mención de que el monasterio de Santa Ana ha sido desde el año 1969 al 1975 el punto de residencia de la Madre General de la Orden, Madre María Sarasola, natural de Legorreta. Y que la última Madre Superiora, —hasta su cierre definitivo el 1.º de

mod. 1850, además de otros curiosos ejemplares que se exponen en los Museos de la Escuela de Armería de Eibar y en el de Montjuich de Barcelona. También Alcalde de Placencia de las Armas en 1860.

### LAS CAMPANAS

En la pequeña torreta del monasterio, dos campanas de voltereta, de sonido estridente y hasta agresivo, actuaban metódica e invariablemente todos los días en consonancia con las reglas de la comunidad en sus llamadas a la oración.

La primera campana comenzó a funcionar el día 1.º de mayo de 1698 y fue obra del artesano fundidor Pedro de Caminos. La segunda se estrenó el 7 de julio de 1806 y fue construida por Bernardo de Venero. Casualidad que ambas fechas sean señaladas y vengan a reflejar dos características especiales que concurren en el mundo laboral metalúrgico de la comarca: la fiesta anual de los obreros y la alegría que inspiran las fiestas sanfermineras.

### EL ARCO DE SANTA ANA

De verdad que es penoso decir adiós a una institución tan querida y que con su ejecutoria, camino de las cinco centurias, era y es acreedora al mejor de los recuerdos y homenajes. Se modificó hace unos años la uniforme curvatura que ofrecía el arco de Santa Ana, por necesidades de paso de vehículos por su parte inferior. Luego, hace poco, se derribó cuando las religiosas dejaron la huerta abandonada por falta de brazos para trabajarla al reducirse su número.

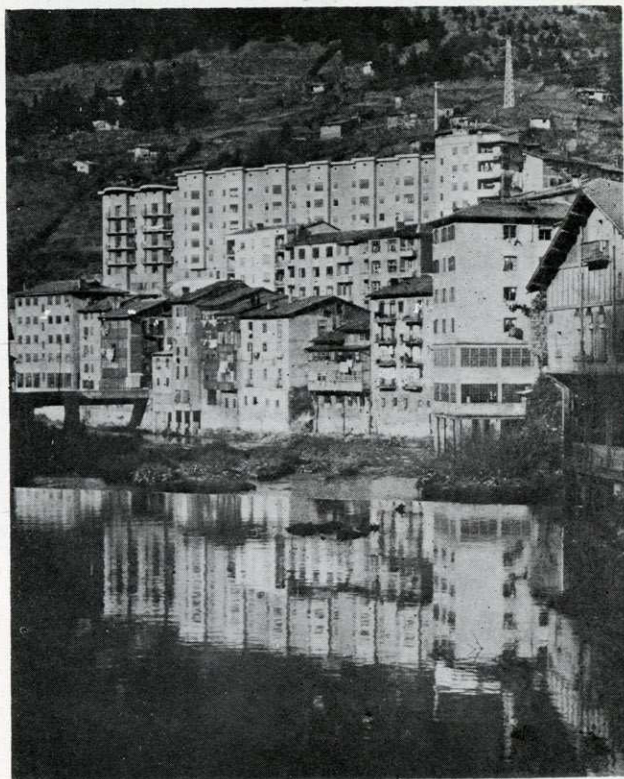
Terminemos con esos versos populares que todo placentino, presente o ausente, esté donde esté, sabe cantarlos con la música del «Iriyarena», para que sirvan en este caso como una pequeña ofrenda de cariño y veneración a las religiosas que definitivamente se han ausentado, a las que también podríamos decir, emulando la famosa frase de Bonaparte: ¡Quinientos años de vida placentina os contemplan!

Zezena dator arkupetik,  
sua dariola adarretik.  
¡Jea! ¡jea!  
Santa Ana kaletik.

¡Jea! ¡jea!  
Zezenak dira,  
adarrak motzak,  
bustan zorrotza.  
Arrapatzen ba-zaitu (bis)  
jo ta bertan ilko zaitu.

### NOTAS:

- 1.—AUTOBIOGRAFIA Y OTROS ESCRITOS. Obras del P. Larramendi. Edición dirigida por D. José Ignacio Tellechea Idigoras. (Socd. Guipuzcoana de Ediciones y Publicaciones. San Sebastián 1973), p. 53).
- 2.—RAMON DE GOROSTA. BIOGRAFIA DE UN ARMERO DE LA CUENCA DEL DEVA Y APUNTES SOBRE LA ARMERIA VASCA. (La misma editorial. San Sebastián 1973). p. 308.



VISTA DE PLACENCIA DE LAS ARMAS

municación, redactada durante la última guerra civil del siglo pasado, que copiada al pie de la letra dice así:

Mucho es, y con placer y profunda gratitud consigna esta Comisión lo que la Caridad e incansable celo de esa venerable comunidad ha hecho en favor de los desgraciados heridos, proporcionando constantemente hilas y vendajes para nuestros hospitales y batallones; pero el consumo también es grande, y hoy se halla la Comisión bastante escasa de hilas formas y vendajes de todas clases; y aun a riesgo de pasar por importuna, se ve precisada a recurrir nuevamente a su caridad inagotable, suplicando encarecidamente se sirva remitir, bien directamente a esta, bien por medio del Sr. Al-

Diembre de 1978 en que las religiosas, fusionándose con las de igual condición existentes en Astigarraga, se han trasladado al nuevo convento de esta última población— ha sido la también guipuzcoana M. María Mintegui, natural de Salvatore.

Entre las nacidas en Placencia, quizá la última superiora fuese la M. María Rosario de Ibarra, cuyo apellido se extinguió a su muerte en esa población. Era hija de Juan de Ibarra, uno de los últimos maestros examinadores, que falleció en 1874, en plena efervescencia de la última guerra carlista, y nieta también del famoso maestro armero José Ignacio de Ibarra, que se distinguió en la fabricación de fusiles del Mod. 1854 y de carabinas